

JAIME ROCHA

OPERACIÓN EL DORADO CANYON

BASADA EN LA **HISTORIA REAL DEL ESPÍA
ESPAÑOL** QUE LOCALIZÓ A GADAFI EN LA
MAYOR OPERACIÓN MILITAR DE LOS 80

**"UN LIBRO IMPRESCINDIBLE
Y DIGNO DE LA MEJOR PELÍCULA"**

Carlos Herrera

**"LA CREACIÓN DE
UN NUEVO GÉNERO"**

Publishers Weekly

**"UNA INCREÍBLE AVENTURA CON
TODOS LOS INGREDIENTES"**

La Razón

**"UN THRILLER ADICTIVO...
Y VERDÍCO"**

The Medicine

"DE PELÍCULA"

El Diario.es

"INTERESANTE E IMPREDECIBLE"

Canal Sur

DOBLE  IDENTIDAD

**3^a
edición**

Algunas cuestiones previas

Querido lector, tiene en las manos una novela basada en hechos y situaciones reales, sucedidos en la época en que se narran o en fechas aproximadas, tratando de ser fiel a la historia, la triste historia del terrorismo yihadista.

El trabajo de un agente del CESID (hoy CNI), en aquellos años que aquí se reflejan, es solo una muestra y un homenaje a los miles de hombres y mujeres del Servicio de Inteligencia español, que ponen en riesgo sus vidas y las de sus familias, para garantizar la seguridad de sus compatriotas.

Homenaje también a los siete asesinados en una emboscada en Latifiya cerca de Bagdad en Irak, el 29 de noviembre de 2003 y a los anónimos agentes fallecidos en acto de servicio.

Por cuestión de seguridad para los protagonistas, algunos de los personajes son ficticios o tienen los nombres cambiados.

Ingresé en el CESID en 1979, permaneciendo hasta 2007 ligado al Servicio de Inteligencia en distintos destinos y situaciones tanto en España como en el extranjero. Nada de lo aquí expuesto compromete a las personas, instituciones o empresas con los que tuve que trabajar en esos años.

He tratado de describir situaciones y actividades creíbles y, aunque algunas son imaginarias, tienen un fondo de verdad. No se trata de exagerar ni fabular, como ocurre en multitud de publicaciones o películas del género. Todo lo aquí narrado, si no ocurrió, pudo haber ocurrido.

Pertenezco a la Asociación Ex Miembros del Servicio de Inteligencia español, la impronunciable AEMSIE, cuya finalidad, entre otras, es la ayuda mutua y la difusión de la «Cultura de Inteligencia».

Con mayor o menor éxito, dedico una buena parte de mi actividad a este último objetivo: He pronunciado por toda España una conferencia titulada «Servicios de inteligencia: Historia y Mitos» que es un repaso, rápido y somero, de la historia de los Servicios de Inteligencia en España y cito a nuestros más renombrados «espías», conocidos unos e ignorados otros. Las conferencias son muy demandadas, fundamentalmente en universidades. Despierta mucho interés y, sobre todo con auditorios jóvenes, las preguntas que siguen a la conferencia son siempre una muestra de ese interés que existe en nuestra sociedad por conocer a su Servicio de Inteligencia, del que ignora casi todo.

También escribo en prensa y participo en tertulias de radio y televisión o concedo entrevistas a los medios de comunicación. Siempre con un único objetivo: dar a conocer a la sociedad la importancia de contar con un eficaz Servicio de Inteligencia y reivindicar el fundamental trabajo del nuestro.

Naturalmente muchas actividades no pueden divulgarse o no es oportuno hacerlo ahora. Como ejemplo de esta limitación, la

novela que tiene en sus manos, se basa en situaciones, personajes y hechos históricamente reales, aunque novelados y convertidos en ficción para guardar la reserva a la que estoy obligado.



Monumento en la sede del CNI a sus agentes asesinados en Irak el 29 de noviembre de 2003

Prólogo

¿Realmente estamos ante una novela de espías? Quizá esta sería la primera pregunta a la hora de adentrarnos en Operación El Dorado. Podría ser una novela de espías o bien unas memorias, solo que en las memorias se detallan muchos episodios y no uno sólo de la vida del interesado; aunque también es cierto que en un único episodio pueden concentrarse muchas vivencias que son muestra de otras acontecidas a lo largo de toda una vida. Además, una novela —al igual que una biografía— puede albergar un contenido bien variado. Amor, aventuras, viajes... Los personajes también pueden ser cotidianos, excepcionales, creíbles o fantásticos. Y los lugares ser el mismo, distintos, lejanos o cercanos. En esta novela, Jaime Rocha nos desgrena con gran verosimilitud —quizá porque apuesto a que su novela es un trozo de su propia biografía— cómo era el espionaje de hace unas décadas,

cuando todo era más ingenuo, más artesanal, balbuceante. Y no solo en España sino en el mundo y en su mundo.

Organizar y mantener redes de informantes en el norte de África allá por los años setenta era la tarea del agente de la inteligencia española que protagoniza esta novela. La Operación El Dorado refleja con credibilidad las peripecias a las que se ve arrastrado, y cómo el pasado vuelve para mirarle a la cara y no ser él entonces quien pregunte —como era habitual— sino quien sea el sonsacado; deja así de ser quien busca para ser el buscado. Este juego es posible por la ágil estructura de la novela. El protagonista se mueve con comodidad en el flashback, en los recuerdos, trayendo al presente episodios del pasado que hacen comprender la trama y le dan un gran dinamismo, al tiempo que le entregan un muy visual aparataje cinematográfico. La brevedad de los Capítulos aporta rapidez y facilita avanzar hacia un final, que se va vislumbrando a medida que la novela avanza, pero donde siempre queda la duda de qué y por qué, algo que será un elemento de seducción para el lector. Y es así porque en la vida de un agente no hay guion, y sí un único mandato: cumplir la misión.

Casi con certeza, lo que en Operación El Dorado nos cuenta Jaime Rocha, ocurrió. Quizá no todo le sucedió a él. O quizá sí, pero no en aquel orden. O puede que sí le sucediera a alguna de sus diferentes identidades; esas que tuvo que agenciarse y generar con celeridad para poder llegar, quedarse y observar... y también para huir. Aunque quizá ni todo eso le sucedió ni a él ni a ninguno de sus otros yo, porque si ya lo observamos en la vida de los ciudadanos ordinarios, en la vida de un espía, las cosas no son como se recuerdan y se cuentan ya que muchas de esas cosas y episodios fueron ficticios; constructos artificiales, operaciones organizadas o sobrevenidas donde nada era lo que parecía y nadie era quien decía ser.

Hay llamativas diferencias que se van reflejando a lo largo de los años durante los cuales la novela transcurre, mostrando cómo más allá del impacto de la tecnología, está el predominante papel de la inteligencia humana, de James Bond. Porque supongo que no pensará el alegre lector que alguien que comparte el mismo nombre de pila que el gran espía James Bond no tiene otras muchas cosas en común, e incluso el protagonista de esta novela a quien paso ahora a presentarles —Julián Roig— pudo haber vivido peripecias más virtuosas en su ejecución que las del propio agente doble cero siete. Porque si bien James Bond es el héroe británico en contraposición al Superman estadounidense, James Rocha es nuestro héroe patrio —no solo él porque hubo otros valerosos y valerosas agentes— pero pocos se animan a detallar sus aventuras para las futuras generaciones. Porque España no careció ni carece de esas figuras, simplemente, no han sido popularizadas en el cine o la novela como sí sucede en Operación El Dorado gracias a Jaime Rocha.

A la novela que tiene entre sus manos se le pueden extraer sutilmente cuáles eran las técnicas de infiltración que se utilizaban en la inteligencia de aquellos años. No tema el lector porque si están en esta obra es porque ya son conocidas y, sobre todo, reveladas hace años. Pero esta novela no es un manual aunque aprendamos de ella, porque, a diferencia de un manual, el autor las narra como vivencias y nos muestra su plasmación, no su teorización. Y casi que da igual que la técnica esté obsoleta porque lo que no ha caducado son las razones que están debajo de su éxito: ego, interés, dinero y país. Aquello que hace que un agente pueda captar a un colaborador y le suministre lo que un agente más quiere: información. Fue, es y será el canal de entrada de un espía en el alma de un informante.

Esta novela muestra la evolución de España, pero también del mundo; y muestra la diferencia entre lo relevante de vivir en un

régimen democrático y uno autoritario. Y no es una distinción baladí ya que precisamente es esa la misión de los agentes de inteligencia: proteger nuestras instituciones y el sistema democrático. Y España en aquellos años estaba comenzando a caminar al tiempo que generaba su propia estructura de inteligencia: el Centro Superior de Información de la Defensa (CESID). El paralelismo con otros países, donde nuestro protagonista Julián Roig se desempeñó como espía, son los alter ego de lo que España fue y quería dejar de ser.

Sin duda, un elemento que destaca en la novela de Jaime Rocha es uno de los que sistemáticamente pasan desapercibidos tanto en las novelas como en las películas pasando por los mismos textos científicos sobre la inteligencia. Y este no es otro que la familia. Entusiasmados con el estereotipo del apuesto y seductor James Bond que aparece y desaparece porque no tiene ataduras emocionales, el espía de verdad no se muestra ni es así. O al menos no lo es nuestro espía. La familia es parte de la misión, y vive y sufre con el espía. En ocasiones sufre porque no sabe y en otras sufre porque sabe. Conoce cuál es el cometido de su padre o esposo y le tranquiliza la alta misión que desempeña; pero le intranquiliza el día a día: la misión concreta que está desarrollando. Y la familia sufre porque en no pocas ocasiones se convierte en cobertura obligatoria o involuntaria de las actividades del espía. Esa fuerza de la sangre sin la cual es imposible entender las aventuras de Julián Roig.

Raro es, en cualquier caso, encontrar ya a esas «familia espía» que se han convertido en algo del pasado. Con vida vertida a borbotones en redes sociales, perfiles en Facebook; con hijos activos en LinkedIn y fotografías del cumpleaños del abuelo circulando por la Red, la posibilidad de generarse continuamente vidas se ha truncado radicalmente. Nadie puede deshacerse de su pasado

con esa facilidad ni crearse ni reinventarse como antaño. La vida le acompaña a uno más allá de conseguir un nuevo pasaporte recién impreso y con un nombre tan normal como la normalidad que quiere darse a ser hoy Jaime Rocha y mañana convertirse en Julián Roig. No recuerdo quién era el autor, pero en un libro académico no de espías, hace años un colega se lo dedicaba a su pareja con una preciosa dedicatoria: «A XXXX, por haber dado vida a todos los hogares trashumantes que fuimos creando». Y eso han realizado las familias y con el precio —como el que vivió nuestro protagonista— de arrastrar durante años esa maldición.

O la novela es opaca a la hora de contar quién es el protagonista o es que quizá solo refleja lo que realmente son los espías. Porque un espía se esmera más en conocer a los demás que en dejarse conocer. Quizá sea que los espías están así programados. O puede que se conviertan en impenetrables, de sonrisa seductora y falsamente locuaces cuando se les entrena. Por eso, en Operación El Dorado conoceremos mucho más a los demás personajes que al agente Rocha. Quizá tampoco sea un problema porque en la vida real del espionaje el espía concreto no es importante. Sus heroicidades y aventuras quedan para su círculo reducido, pasan a ser parte de los arcana imperii. Roig es un instrumento vivo del Estado. Es un peón en la vida del Estado y, por tanto, lo relevante es qué consigue, no quien es él, qué piensa o qué padece.

Interesado por lo que le rodea, la debilidad de nuestro agente Roig se refleja en sus dos obsesiones: los coches y las lámparas. Animo al curioso lector a que haga un recorrido estilístico por la evolución de ambos a lo largo de la novela. A través de ambos artefactos tecnológicos, el lector puede ver la transformación y el cambio en dos elementos tan necesarios para nuestra sociedad. Pero también son dos iconos para los agentes de inteligencia y que quizá hacen un retrato psicológico de nuestro agente Julián Roig. Los coches son la velocidad, la necesidad de huir rápida-

mente y sin depender de nadie. Las lámparas son la luz, aquello de lo que huyen en muchas ocasiones porque ellos se mueven mejor en la sombra; no siempre sombra física, pero sí en la sombra que representan aquellos pliegues de las personas y de las sociedades donde habitan los más íntimos secretos. Y Jaime quiere desplegar esos pliegues. Observar para, posteriormente, dejar que como un párpado, el pliegue vuelva a su posición tranquila y el durmiente desconozca que su secreto fue revelado. ¿Es ese quizá el final de la novela? ¿O quizá el ojo quedó abierto, inquieto y escrutador?

Gracias a que los espías son juguetones, curiosos y se divierten, busquen el acróstico escondido en este prólogo. En él conocerán quién es realmente el personaje de esta novela. Si no lo encuentran, quizá aún no están preparados para leer esta novela y deberán volver a realizar su formación como espías antes de salir al arriesgado trabajo de campo donde lo que se ve no es lo que parece y lo que parece, raras veces es real.

Antonio M. Díaz Fernández
Cádiz, noviembre de 2018

Capítulo I

El testamento

*Castellón (España),
28 de noviembre 2009*

La sorpresa se reflejó como un relámpago en el rostro de todos los presentes. Todos, menos el notario que acababa de leer el testamento de Julián Roig, fallecido apenas hacía unas semanas en un terrible accidente de tráfico, cuyas causas aún estaban sin esclarecer.

El testamento tenía fecha muy reciente, como si hubiera sido redactado con el conocimiento exacto de cuando iba a ser hecho público. Aquel 28 de noviembre de 2009 era a su vez el paso a la mayoría de edad de su nieta Almudena, hija de Mamen, aquella niña nacida hacía cuarenta años, hija única de su matrimonio con Carmen Andreu.

Salvo la parte legalmente heredada por su única hija, Mamen, el resto, es decir una inmensa fortuna, pasaba a manos de Almudena. Una fortuna conseguida fundamentalmente en los últimos diez

años a base de éxitos empresariales y una especial intuición para los negocios. Julián Roig llegó al sector azulejero en plena crisis de los años 90, sin antecedentes ni experiencia directa en el mundo de la empresa, de la mano de una serie de circunstancias y unos «amigos» que apostaron por él para sacar adelante lo que entonces era una pequeña empresa azulejera en plena crisis de ventas.

Julián Roig había nacido en Valencia recién terminada la Guerra Civil, hijo de un militar franquista a quien los acontecimientos de 1936 frustraron lo que empezaba a ser una brillante carrera universitaria. Los primeros años de la vida de Julián fueron, dentro de las penurias de la postguerra, bastante llevaderos, incluso mejores de lo que cabía esperar para una familia de militares, gracias al esfuerzo y trabajo de su padre en todo tipo de negocios, lícitos, que pasaran por su «oficina de las tardes», la terraza del bar Gorila de la Gran Vía.

El padre de Julián era una persona emprendedora y muy trabajadora, virtudes que heredó su único hijo y gracias a las cuales alcanzó, en su etapa como empresario, los resultados que le encumbraron hasta figurar entre los más exitosos de la zona. La empresa azulejera se situó en los primeros puestos de las industrias del sector.

Julián no destacaba por su físico, no era un hombre apuesto pero tampoco lo contrario, de estatura media y de complexión fuerte, había practicado varios deportes en su juventud, fundamentalmente atletismo, moreno de tez y cabello, vestía discreta y elegantemente, tenía una cara muy expresiva de la que no desaparecía, ni en los peores momentos, una eterna sonrisa y además su carácter abierto le granjeaba el respeto y la amistad de cuantos le conocían, incluidos sus subordinados a los que trataba siempre con amabilidad. Poseía una inteligencia práctica que aplicaba a sus diversas actividades, desde los estudios en la universidad a su función como gerente de empresas.

Su muerte, por inesperada, había conmocionado a la sociedad castellanense y la noticia corrió rápidamente entre los medios sociales, políticos y económicos valencianos, donde era una persona querida y admirada.

El coche en el que viajaba por la autopista AP-7, desde Barcelona a Castellón, cuando le sobrevino el mortal accidente, un Mercedes serie E 500 automático, que acababa de recibir, no podía ser la causa de tan brutal impacto contra uno de los pilares del puente que soporta la desviación hacia Tortosa. La Guardia Civil de Tráfico de la Comandancia de Castellón, por orden del juez, investigaba las causas de aquel incomprensible desenlace.

Los responsables del concesionario aseguraban, sin sombra de duda, que el coche estaba en perfectas condiciones y que antes de su entrega al señor Roig, se había efectuado una exhaustiva revisión de todos sus elementos, en especial en lo que a dirección y seguridad se refiere, incluso el probador oficial de la casa tuvo la oportunidad de hacer unos kilómetros en la misma autopista donde solo unas horas más tarde ocurrió el accidente.

La sala de la notaría no era muy amplia, realmente no estaba pensada para una concurrencia como la que se daba esa tarde, que ocupaba la totalidad de los asientos. Disponía de dos respaldos de cuero marrón, gastados en los brazos y respaldo, situados uno frente al otro y reposando sobre las paredes blancas de la sala de juntas. Algunas butacas del mismo cuero marrón, no muy amplias, se situaban alineadas y encarando la mesa del notario, justo bajo un ventanal que daba a la calle y haciendo frente a la entrada. La sala no era su despacho habitual. El resto del mobiliario, algunos muebles de archivo y mesitas bajas eran modernos, de ningún estilo definido, muy funcionales. La notaría de Vicente Barberá estaba en una céntrica plaza de la capital de la Plana.

Por expreso deseo de Julián Roig, además de su hija Mamen y Andrés Reyes, el marido de esta, estaban también presentes,

su única nieta Almudena, su fiel servidora Elena, y los catorce miembros del Consejo de Administración del Grupo de Empresas Arosa, (GEA), una empresa en serias dificultades durante la crisis económica de 1993 que Julián había reflotado.

De pie al fondo, los más alejados de la mesa donde el notario leía el testamento de Julián, se encontraban también presentes algunos de sus colaboradores más cercanos, aquellas personas que, durante tantos años, habían recorrido a su lado un difícil camino empresarial culminado por el éxito. No había sido fácil y todos ellos se consideraban artífices, junto con él, del imperio creado, hoy extendido por el mundo entero. Allí estaban César, el jefe de la sección de hornos, y su inseparable Juanjo, el director técnico, o su secretaria desde que llegó a GEA, la imprescindible Beatriz.

La reacción de sorpresa que se dibujó en los rostros de Almudena y sus padres, al conocer el contenido del testamento, apenas fue perceptible para el resto de los presentes, asombrados también ellos como estaban de lo que acababan de oír. Ninguno, pero sobre todo los más íntimos colaboradores y socios, a quienes Julián había hecho partícipes de las más secretas confidencias a lo largo de tantos años, podían esperar este desaire y menos de Julián, en quien tenían, más que a un jefe, a un compañero y amigo.

La mayor parte de las acciones de las empresas, pasaban ahora a manos de su nieta Almudena, así como uno de los apartamentos de la playa. Su hija Mamen heredaba la casa de la Plaza del Rey, el inmenso palacete de Benicassim, dos apartamentos de la playa, la colección de pinturas del siglo XIX, y los coches, menos el Audi rojo, que pasaba a Almudena. Madre e hija heredaban absolutamente todo. Todo menos una pequeña casita de campo situada a mitad de camino entre Castellón y Alcora, sin apenas valor material, que disponía fuera entregada, libre de toda carga,

a la fiel Elena, quien había permanecido a su servicio casi desde que contrajo matrimonio con Carmen en el ya lejano 1968.

Al terminar la lectura, el notario se dirigió, cumpliendo un mero trámite, a Mamen y Almudena, a quienes interrogó sobre su voluntad de aceptar el testamento.

Almudena miró a sus padres, ambos asintieron con un leve gesto y ella contestó afirmativamente a la pregunta del notario. Miró después hacia el rincón donde, sentada en una butaca casi en penumbra, Elena se secaba las lágrimas. Sintiéndose observada por todos, la fiel servidora levantó el rostro y al cruzar su mirada con la del notario, solo pudo balbucear un ininteligible «Acepto»

Una vez hecho público y aceptado por las personas afectadas, se ponía en marcha la maquinaria burocrática que habría de dar cumplimiento a lo dispuesto y efectuar las correspondientes liquidaciones legales de los impuestos de transmisiones patrimoniales. El notario, que había gozado de la confianza de Julián durante largos años, se ofreció a Mamen, Almudena y Elena para ocuparse de todos los trámites y ambas volvieron a asentir con una leve inclinación de cabeza.

Todos se levantaron y, tras despedirse, abandonaron la sala, donde permanecieron, exclusivamente, Almudena y sus padres, ultimando detalles con el notario sobre la documentación que debían hacerle llegar para el inicio de las actuaciones.

Ya en la calle, al despedirse del resto de los asistentes, Fernando Rubio, el Vicepresidente del Consejo de Administración del Grupo Industrias Arosa, sugirió una reunión urgente del Consejo para el día siguiente a las once de la mañana en la propia sede. Todos estuvieron de acuerdo y se separaron sin más comentarios, todavía incapaces de reacción alguna tras los momentos vividos en la notaría.

Al cabo de unos minutos cada uno de los asistentes a aquel acto había emprendido su camino. Era media tarde y aquel

nublado día de otoño se había oscurecido muy rápidamente, como un presagio de lo que estaba por ocurrir.

La distancia entre la notaría y la casa de la Plaza del Rey eran apenas doscientos metros que Almudena y sus padres recorrieron en pocos minutos. Elena se les había adelantado y les abrió la puerta del espacioso piso cuando llegaron. Entró con ellos hasta el cuarto de estar, una estancia amplia con tres ambientes, uno de ellos con pantalla de televisión discretamente situada en un rincón que apenas se encendía si no era para ver algún programa concreto. Otro era el comedor de caoba estilo clásico, situado sobre una tarima en una zona elevada unos centímetros sobre el resto de la estancia. Los ventanales daban a la plaza del Rey. Tomaron asiento en el tresillo de cuero beige, situado en un lateral de la sala, mientras Elena permanecía de pie. La primera en hablar fue Mamen:

—Nadie podía esperar esto de papá. La sorpresa ha sido general, en unos casos para bien y en muchos otros para muy mal. ¿Habéis visto las caras? Me imagino lo que todos habrán pensado al oír a Vicente.

—Sorprendidos todos — confirmó Almudena — nosotros tampoco podíamos esperar esto, ni el abuelo, las pocas veces que hablaba de su testamento, lo insinuó jamás.

—Si me lo permite, señora, — intervino Elena — yo no sé de qué me puede servir a mí, sin familia, esa casita de Alcora. No sé qué hacer con ella ni cómo puedo pagar los gastos que tenga.

—Por los gastos, que no serán muchos, no tienes que preocuparte, Elena, te ayudaremos en eso, y nunca se sabe...tú llevas muchos años con la familia, mucho más que yo — dijo Andrés — y supongo que así seguirá todo, pero no te vendrá mal tener una pequeña propiedad que te asegure el futuro. Te repito, no sabemos si en un futuro...

—No sé en qué estaría pensando el abuelo cuando realizó el cambio del testamento y me nombró heredera. Nunca me

comentó nada en ese sentido y, por el contrario, las pocas veces que hablaba de eso, siempre se refería a sus colaboradores y amigos como las personas a las que tenía que agradecer buena parte de sus éxitos. Yo, por el contrario, si he ayudado en algo — reflexionaba Almudena — ha sido justamente en gastar a manos llenas. El abuelo ha tenido siempre conmigo una debilidad, nunca me ha negado nada de lo que le he pedido.

—Tampoco tú has pedido nunca nada que estuviera fuera de lugar. Tu abuelo tenía mucho dinero, tú eras su única nieta y no se puede decir que seas una caprichosa, ni manirrota — confirmó Mamen, y añadió — Elena, por favor, dígale a Tomas que cenaremos los tres en la salita a las nueve y media.

—Tres no, mamá, — corrigió Almudena — le he dicho a Chimo que venga esta noche si termina pronto en la oficina... ya sabes lo atareado que está siempre y no ve la hora de acabar. Volveré a llamarle para que no se retrase.

—Está bien, seremos cuatro entonces. Por cierto, Almudena, ¿has podido contarle ya algo de esto a Chimo?

—No mamá, le he llamado un par de veces al móvil, pero lo tiene desconectado. Menuda sorpresa se va a llevar cuando se entere, estoy deseando ver su cara. Esto cambia muchas cosas.

—Almudena, esto cambia muchas cosas, pero en lo que respecta a ti nada debe cambiar por el momento, acabas de cumplir dieciocho años, no veo la necesidad de hacer cambios en tus planes de estudios, y eso debe ser prioritario — intervino Andrés.

—Lo más prudente es terminar Empresariales y luego pensar en las empresas, bodas y bautizos. Todo llegará, si Dios quiere, a su tiempo. Haz caso a tus padres y no te arrepentirás — dijo Mamen.

—Sois unos «carrozas», como os llamaba el abuelo. Él con sus más de setenta años era más joven que vosotros o por lo menos tenía una mentalidad más abierta. Ahora, cantidad de jóvenes se

casan o se van a vivir juntos y continúan con sus estudios o sus trabajos y, cuando la situación lo permite, entonces tienen un hijo. Antes ni se lo plantean.

—Así pasa lo que pasa, que esas uniones duran lo que duran y ellos se convierten en unos desgraciados y, lo peor, siempre hay víctimas inocentes a las que dejan marcadas para toda la vida — sentenció Andrés, elevando el tono de su voz algo más de lo habitual en él.

—Papá, en esto, como en muchas cosas, no estaremos nunca de acuerdo, será la diferencia de edad, o de mentalidad o de lo que quieras, pero conforme me hago mayor me doy cuenta de lo diferente que pensamos.

—Hija, eso se pasa con los años, te lo aseguro. Esta misma discusión la he tenido yo cientos de veces con tus abuelos, y las posturas, por mucho que a ti te pareciera que ahora el abuelo tenía una mentalidad muy al día, eran exactamente las mismas por una y otra parte. No quiero ni acordarme la que tuvimos cuando les planteamos la boda. No veían el momento oportuno, pero en realidad lo que no querían era que su única hija se alejara de ellos.

La discusión continuó en idénticos términos durante un buen rato sin que las posturas se aproximaran lo más mínimo. Esto era frecuente entre el matrimonio y su única hija, aunque las causas fueran de lo más variadas, desde la opinión sobre una película, los estudios de Almudena o los planes del fin de semana. El abuelo Julián, generalmente tomaba partido por su nieta, de ahí el cariño que esta le profesaba, y la predisposición que siempre encontraba en él para satisfacer sus peticiones, había contribuido poderosamente a formar un equipo difícil de batir cuando se planteaban cuestiones familiares en las que las posturas no eran coincidentes.

Ahora el equipo se había deshecho, faltaba el abuelo y Almudena necesitaba recomponerlo con urgencia y nadie mejor que Chimo para hacerlo. Por muchas dificultades que pusieran